

11 de septiembre 1973

El comienzo de la pesadilla

Cuando salió elegido Salvador Allende, Presidente de la República el 4 de septiembre de 1970, mi primer pensamiento fue: ¿seguirá Chile funcionando? ¿Abrirá el comercio, circulará el mismo tránsito y la gente continuará con su ir y venir rutinario por las calles, cómo siempre?

No entiendo por qué me vino un pensamiento tan oscuro ese día. Cerré los ojos y visualicé un caos enorme, el comercio con sus cortinas metálicas cerradas con candado, filas de personas para conseguir alimentos, violencia y cosas por el estilo. Siempre me he preguntado el motivo de esta premonición, especialmente porque era demasiado jovencita para entender conceptos, tales como bloqueos económicos de Estados Unidos y otras situaciones a nivel interno y externo que podrían influir en el desarrollo de un país.

Ya he contado que el 11 de septiembre de 1973, estaba hospitalizada en un centro hospitalario ubicado en la calle José Miguel Infante. Tuve que soportar muchos análisis... se me habían desaparecido todas las plaquetas sanguíneas y los médicos no encontraban explicación. En esta condición comenzó el fatídico día que, para mí, realmente se inició la noche previa. El día 10 de septiembre por la noche, hablé con Salvador Allende y me dijo:

- Si usted se enferma es porque no tiene confianza en el presidente, que puede arreglar las cosas, ¿cómo le puedo pedir al pueblo chileno que confíe en mí?

Mientras lo escuchaba, me corrían las lágrimas y no pude responderle, se despidió de mí muy cariñoso y esa fue la última vez conversamos.

Mi hermana Inés, quien estaba emparejada con un Dagoberto Pérez, alto dirigente del MIR llegó muy rápidamente al hospital, la noche anterior para decirme:

--Prepárate, se viene lo peor, tenemos información que la Marina se ha levantado en Valparaíso --eso fue alrededor de las 22 horas del día 10 de septiembre.

Mi marido y yo nos miramos: ¿prepararse? y ¿cómo?

¿Qué podía hacer, tendida en una cama de hospital, llena de corticoides para frenar cualquier hemorragia y sin tratamiento aún? Muy angustiados, nos quedamos callados, mirándonos, hasta tres horas más tarde que entró a mi habitación, mi tío y aunque traté de disimular, cambié mi silencio por lágrimas a borbotones.

A las 6 de la mañana- como he referido- llega Ana María Moenne, e intercambiamos los carnés de identidad, aprovechando la coincidencia de nombres...Me puse su bata clínica y cargué una bolsa llena de corticoides... así comienza la fuga.

Nos refugiamos en la casa de una hermana de mi cuñado, salíamos de nuestro cuarto sólo para enterarnos de las estremecedoras noticias, escuché el último discurso de Salvador Allende, atontada, débil, como a lo lejos.... “al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación.... La historia los juzgará (...) El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse. Trabajadores de mi Patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse (...) mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre...” No pude seguir escuchando, la felonía, la cobardía y la traición no formaban parte de mi formación. Luego, miré las escenas del bombardeo de la Moneda como si se tratara de una ficción, no tenía capacidad de asociarlo con una realidad tan cercana, tan íntima, ahí estaba mi querido tío, ahí moriría mi tío... Ahora nuestro interés estaba puesto en la lista de los buscados, seguimos escuchando con detención que pasaban por televisión y radio por orden alfabético.

El marido de esa concuñada comenzó a dar vueltas por distintas embajadas de Santiago, primero solo y luego con mi marido, una vez que se había cortado el pelo y barba. Así llegaban con noticias de distintos países que a mí me sonaban como una pesadilla.

Apesadumbrada, triste, con miedo y sin tener noticias de mis padres ni de mi hija, encontraba toda la situación bastante kafkiana. Sobre todo, me sentía sin fuerzas para pensar o tomar cualquier decisión, todo era una pesadilla de la que quería sólo despertar.

No podía llorar la muerte de mi tío como tampoco la falta de noticias de mi familia. Me sentía sumida en una película de terror donde yo era parte de un elenco de actores. Desgastada por todo lo que fui escuchando, me puse a dormir por días y días hasta que mi marido y su concuñado, encontraron la solución.

Finalmente, pudimos entrar a la embajada argentina el 18 de septiembre, ocho días después del golpe, gracias a unas monjas de ese país. Esas monjas se acercaron una vez a la ventanilla de Tomás Moro donde yo atendía, exigiendo ver al Presidente, necesitaban tener la seguridad sobre su futuro. Estaban convencidas, como afirmaba la prensa, que los curas y monjas debían cerrar sus colegios o serían deportados a sus respectivos países y ellas querían escuchar esto de la boca del Presidente. Me costó convencer a mi tío que las recibiera por su falta de tiempo. Al final, logramos tener un espacio en su agenda. Las monjas pasaron al living de Tomás Moro, con el miedo reflejado en sus caras.

Mi tío las recibió, fue extremadamente encantador, las tranquilizó, rieron, les contó de su infancia y se entretuvo muchísimo rato con ellas, explicándoles que sus temores formaban parte de una campaña de la derecha, orquestada en su contra. Recibió complacido los santitos y rosarios que le llevaron de regalo, él

también le dio algunos presentes y salieron de esa casa felices y agradecidas de haberlo conocido.

Cuando mi marido me comunica que la embajada argentina tenía poco resguardo policial, me acordé de esas monjas y fuimos a pedirles ayuda. Ellas respondieron favorablemente. No contaré los detalles porque me pidieron silencio absoluto de su ayuda.

Una vez al interior, mi marido y yo nos encontramos con más de 300 personas. Estábamos hacinados, casi todos habíamos entrado sin ropa, sin dinero y, sobre todo, con mucha angustia.

Estuve un tiempo en esa embajada, donde nos peleábamos el metro cuadrado para dormir. Mi lugar estaba debajo la mesa del comedor de la residencia y ahí éramos como quince personas, una al lado de la otra.

Los empleados, mozos, vendían todo (sacos de dormir, cepillos de dientes, jabón, toallas, a unos precios exorbitantes) les comprábamos lo que podíamos, teníamos necesidad de todo: ropa interior, toallas higiénicas, shampoo, un sinfín de artículos que no podíamos comprar por falta de dinero.

En la sede diplomática, me encontré con mi jefe y amigo, Enrique Allendes de la Cuadra, nos turnábamos para lavar la ropa mientras el otro se quedaba en el saco de dormir, era la única forma de no estar sucios y más desastrados aún.

La comida era otro problema: primero, comían los niños, luego los adultos mayores y al final quedábamos los demás. Estábamos catalogados como pareja joven, por tanto, éramos de los últimos. Cuando llegaba finalmente nuestro turno, ya no quedaba prácticamente nada. Yo, que había salido del hospital hacía una semana, me tomaba desordenadamente el corticoide que habíamos sacado del recinto, sin horario específico, con el estómago más vacío que lleno.

Pasaron los días y mi marido, viendo que ya estaba segura con gente conocida, comenzó a buscar la forma de salir para recuperar a nuestra hija. Tuvo la oportunidad de hacerlo, junto con el mayordomo, como un empleado de la sede. Desde ese momento perdimos completamente el contacto.

Ese paso por la embajada fue muy duro. En el despacho del embajador se improvisó una clínica, donde hubo un par de partos. A ratos salíamos también por turnos al patio. Ese patio grande, colindaba con el estacionamiento del hospital San Borja. Mucha gente comenzó a asilarse saltando la pared que dividía la embajada de ese estacionamiento, hasta que los militares se dieron cuenta. Recuerdo hasta hoy, el dramático escape de una familia; saltó el primer niño, el segundo, la señora y al saltar el marido, le dispararon y sólo vimos salpicaduras de sangre. Estábamos horrorizados. Su mujer y los hijos quedaron en shock como nosotros.

En la recepción se había improvisado una oficina, donde nos inscribíamos para que los funcionarios argentinos hicieran las gestiones de solicitar un salvoconducto para salir el país. Nunca nos informaban al respecto, por tanto, tampoco sabíamos cuando saldríamos. De hecho, mi jefe estuvo más de nueve meses ahí.

Éramos unas trescientas almas en pena que dábamos vuelta por esa residencia y no recuerdo ruidos excesivos, creo que los ánimos no estaban para eso y en vez de conversar, susurrábamos. Además, la embajada tenía grandes ventanales y debíamos estar alejados o agachados de ellos, para evitar que los militares pudieran disparar hacia el interior como ya había sucedido.

A finales de septiembre, obtuve el salvoconducto para salir del país junto a un grupo... Gracias al carné de identidad de mi prima intercambiado en el hospital, salí como Ana María Moenne, en vez de Ana María Bussi de Moenne. Nos cargaron en un camión militar como animales, todos parados con milicos apuntándonos. Llegamos al aeropuerto, nos revisaron de la cabeza a los pies,

completamente. Las mujeres en una fila y los hombres en otra. Nos palparon, me hicieron desnudar, todo muy humillante...La mujer policía se volvió loca al ver que yo tenía una medalla de oro con una dedicatoria de mi tío que decía: “a mi sobrina y colaboradora, Salvador Allende”. Me la arrancó del cuello y la pisoteó con sus botas hasta dejarla completamente torcida y hecha añicos para luego echársela a su bolsillo. Nos dejaron pasar de a uno a la loza del aeropuerto en medio de una larga fila de militares que nos gritaban garabatos, cosas horrosas, creo que lo más fino que escuché fue: “puta de mierda, finalmente se van comunistas culiaos”. Nos subieron a un avión Hércules, muchos compañeros decían que nos tirarían al mar, yo estaba en uno de los asientos laterales de los típicos aviones de paracaidistas y me caía una gota incesante sobre mi cabeza, y ante esa perspectiva que se rumoreaba, me miraba las piernas, cada vez más moradas e intentaba no escuchar sus comentarios.

En Argentina, caminamos algunos pasos del aeropuerto de Ezeiza y nos hicieron salir por una puerta distinta de los pasajeros normales, hasta un hotel que estaba al frente. Parecía muy bonito, así al menos lo indicaba su fachada y recepción. Sin embargo, los últimos pisos eran habitaciones convertidas en cárceles con gruesas barras de fierro. Dos camas para cuatro mujeres, tres brasileras que se habían refugiado en Chile durante el Gobierno de Allende y yo. En el Hotel Ezeiza (ahora no existe) ponían a todos los delincuentes internacionales, traficantes de drogas, terroristas y gente de esa calaña. Allí estuvimos tres días sin comer y tomando agua del baño. Las brasileras me enseñaron que, para bajar los niveles de estrés, era conveniente que me duchara seguido, mojándome la cabeza... y pasaba en esta actividad, al menos 3 veces al día para no volverme loca. Me tomaba los remedios completamente al lote, cada vez que me acordaba, iba al baño y me tomaba un par de pastillas.

Al cuarto día, nos enviaron unas tostadas de queso y jamón con una Coca-Cola pequeña. Los jugos gástricos comenzaron a funcionar y el hambre volvió con todas sus fuerzas. Eso tenía sentido para ellos, se hacía antes de los

interrogatorios a los que nos sometían entre las 2 o 3 de la mañana. Respondíamos cualquier cosa por miedo, hambre y fuertes dolores de estómago.

Recuerdo esos interrogatorios:

-Nombre...

-Alias...

Yo, sin saber que responder a este punto, me acordé de que mi madre me llamaba Lanucha, y eso contesté:

- Lanucha - dije

- Militancia -gruñían

- Socialista -respondí, tímidamente

- Escriba -dijo un uniformado: Comunista.

Y así seguían preguntando, nombres, que hacíamos, con quién nos juntábamos en Chile, en la Embajada argentina y miles de preguntas que no respondía porque con el cerebro bloqueado, no me acordaba de nada.

Después de 15 días en estas condiciones, salimos rumbo a nuestro confinamiento. Un grupo para El Chaco, otro para Formosa, el tercero para Corrientes y el cuarto a Misiones. Eso sería a mediados de octubre de 1973.

A esas alturas, a mí me daba igual a qué lugar me mandaran, mi mente estaba concentrada en buscar la forma de comunicarme con mis padres, mi marido e hija, mi hermana, mis suegros o quién fuera, ya que no sabía absolutamente nada de nadie.

El Chaco – los primeros desaparecidos y la Gendarmería Nacional Argentina

Llegué al Chaco en otro avión militar argentino, volamos de noche. Allí nos esperaba un camión militar con un contingente de soldados y un capitán alto y rubio que daba las órdenes. Tenía aspecto de nazi: debe ser uno de los tantos nazis refugiados en américa del sur pensé, aquí sí que nos matan.

La ciudad se llamaba Resistencia, nos pusieron en una pensión, una casa de pasillos largos, vieja, en pleno centro de la ciudad: Residencial Colón. Teníamos derecho solamente a una comida diaria. No había desayuno y para almorzar, caminábamos a una posada a unas ocho cuadras de distancia de la residencial, bajo un calor agobiante.

El clima, de esa región superaba los 50 grados con una humedad espantosa, plagada de insectos y animales raros. Por lo tanto, muy pocas veces me movilicé hasta allá para el almuerzo, no estaba en condiciones físicas ni anímicas para caminar tantas cuadras con ese calor. A veces, algunos de mis compañeros me traían algo o sencillamente, no almorzaba. Por suerte, frente a la residencial había una cafetería y, al parecer, le caí bien al dueño porque a veces me llamaba para darme unas medias lunas y un capuchino. Cuando no me veía por un par de días me enviaba unas milanesas con papas.

El militar de aspecto nazi venía a vernos todas las tardes y se sentaba, tratando de entablar una conversación con las 15 personas que estábamos ahí en esas circunstancias... El silencio era su contraparte.

Cuando hacía preguntas, respondíamos cosas genéricas, que estábamos bien, la comida era buena, las camas cómodas y cosas por el estilo. Le teníamos mucha desconfianza.

Mis compañeras brasileras, con las que viajé hasta Resistencia y compartíamos también dormitorio, un día no volvieron más. Yo preguntaba incesantemente por ellas y nunca obtuve respuesta. Con el tiempo, averigüé que habían sido deportadas a Brasil acusadas de terroristas.

Convencí al militar que necesitaba un médico con urgencia, se me acababan los remedios y no sabía nada sobre mi estado de salud, estaba completamente hinchada y peluda gracias al corticoides. Él se preocupa de hacerme una cita con un especialista, Walter Pizzarello, y me acompaña caminando a su casa

donde tiene su consulta. El médico estaba casado con Fanny, secretaria del expresidente argentino Illia entre los años 1963 y 1966, quien fue una excelente persona. Ella fue quien me facilitó el teléfono para comunicarme con mi marido -como relaté- con la siguiente sucesión de equívocos que lo llevaron a pensar me había unido a la resistencia.

El médico me trató la enfermedad con otros medicamentos, además del corticoides hasta que fui sanando de a poco y llegamos a entablar una amistad con él y su esposa. A menudo, el Alférez Paz y yo íbamos a cenar a su casa y les contaba de mi vida, mi familia en Chile y todas las cosas que nos estaban sucediendo en el Chaco.

El militar se mostraba muy comprensivo sobre nuestra situación y se preocupaba diariamente por nosotros. El problema era nuestra desconfianza hacia él.

Un día entrando a mi dormitorio de la Residencial, me encontré un papel sobre la cama que decía: "No queremos comunistas en La Argentina" firmado AAA.

Sabíamos que se había formado un grupo llamado triple A , una especie de Patria y Libertad. Otro día, caminando las ocho cuadras donde estaba el restaurante, nos dispararon desde un Peugeot. Por suerte iba con unos compañeros que sabían lo suyo y uno, violentamente me tiró al suelo detrás de un vehículo estacionado. Así subsistíamos.

Comencé a trabajar, necesitaba dinero y no podía seguir así. Un radical argentino me contrató como cajera en su gran tienda de electrodomésticos. Fui un desastre, porque existían los pesos nuevos y los viejos, había que quitarles tres ceros y, a menudo, me equivocaba en el vuelto. Además, la gente que compraba hablaba guaraní o checoslovaco (había una colonia muy grande de ese país). Después de veinte días de trabajo, la Triple A, le incendió el local, dejando al argentino solidario en la calle.

Pasaron los días y los meses y me di cuenta de que todos los demás compañeros iban emigrando de alguna manera, uno a través del Colegio de Periodistas, otro ayudado por los Masones, otros se cambiaron de región hacia Misiones y yo seguía allí. Debía hacer algo para salir...y la única forma que se me ocurrió fue a través de este encargado militar.

A pesar de la desconfianza que nos provocaba, yo había comenzado a acercarme cada vez más hacia él, a través de mi enfermedad y de la amistad con mi médico y su señora, hasta que logré seducirlo, viniéndome a ver a la residencial a diario. Así pasó noviembre y diciembre de 1973, yo tenía 21 años en ese entonces y el militar, 26.

Comenzamos una relación, hasta que le confieso que necesito que me ayude a salir de ese lugar, debo irme para juntarme con mi hija y mi marido. Un tanto decepcionado inicia su trabajo para sacarme, se demora, me pregunto si es porque pretende detenerme o realmente no ha podido convencer a sus superiores... Finalmente lo consiguió y partí en un bus hasta Buenos Aires, sin documentos, haciéndome pasar por la novia del chófer del autobús. Cada vez que paraba en alguna ciudad, como Santa Fe o Rosario, me iba directo al baño de mujeres en la terminal y no salía hasta que el chófer me golpeaba la puerta para que volviera a subirme al autobús. Era la forma que tenía para evitar de que me pidieran identificación.

A ese chófer le había ofrecido dinero, explicándole que yo era sobrina de Allende y que le mandaría mil dólares cuando estuviera a salvo. No sé si me creyó, pero decidió que era mejor eso que nada.

Llegué a Buenos Aires una noche tarde de enero de 1974 y por supuesto, no conocía la ciudad. El chófer me dejó a la entrada de la Capital Federal, diciendo que Buenos Aires era otra cosa, no podía arriesgarse a llevarme hasta la terminal sin documentación. Me bajé sin saber dónde estaba, con el mismo vestido que llevaba puesto hace meses, que lavaba y me lo volvía a poner húmedo, Era floreado, pero ya no tenía flores y los colores se habían

desvanecido. Sin embargo, decidida y sin un peso, hice parar un taxi y le pedí que me llevara a la embajada de Cuba, no sé por qué... Creo que lo último que escuché antes de salir de Chile, era que mi prima Tati se iba a Cuba con su marido diplomático y que había salido al día siguiente del golpe.

Recorrimos Buenos Aires muchos kilómetros, veía el taxímetro que marcaba y marcaba el precio del recorrido. Llegamos a la embajada alrededor de las 3 de la mañana. Me bajé y le pedí que me esperara un segundo. El taxista asombrado, obedeció. Toqué el timbre, más bien, me colgué del timbre, hasta que salió un militar con uniforme verde oliva muy alto. Me colé por debajo de su brazo y le dije, estoy asilada.

El militar cubano me miraba alucinado, no entendía nada, hasta que rápidamente le expliqué quién era, y todas las peripecias que había pasado para llegar hasta allí. Mientras el taxi comenzaba a tocar insistentemente la bocina, despertando a todo el barrio.

Comenzaron las llamadas telefónicas a la residencia del embajador mientras el taxi seguía tocando el claxon y el chófer, gritando a los cuatro vientos. El embajador dio la orden de pagar el taxi y que esperara su llegada. Muy temprano por la mañana apareció y yo seguía sentada en una sala de espera. Escuchó mi historia, hizo varias llamadas a Cuba, finalmente lo comunicaron con mi prima Beatriz Allende, quién confirmó que yo, era yo.

Decidió darme asilo político, pero le respondí que no era eso lo que buscaba.

-Lo que necesito - le digo es irme a México porque si voy a Cuba, jamás me juntaría con mi marido e hija.

Yo había sabido antes de salir de Chile, que mi tía Tencha, Carmen Paz y sus hijos e Isabel con su familia, se habían ido a México, gracias a la promesa que la presidenta de México, Doña Esther Zuno de Echeverría, le había hecho a mi tío en ese almuerzo de Tomás Moro.

Nuevamente el embajador cubano estaba en problemas, se volvió a comunicar con La Habana donde explica mis razones y mi prima Tati, autorizó que me fuera a México.

De esta forma, llamamos al embajador mexicano y el diplomático casi se desmaya ya que hace algunos días la presidenta Echeverría le había dado la orden de buscarme por toda Argentina si quería conservar su puesto de diplomático. Le llegué como un regalo del cielo y no podía haber más alegría en esa familia mexicana.

Me recibieron con los brazos abiertos en la embajada mexicana, su embajador Celso Delgado, un hombre joven, casado con varios hijos pequeños, era un encanto. Envié inmediatamente a Chile al encargado de negocios con la misión de buscar a mi marido e hija.

Mientras se tramitaba la salida de mi familia en Chile, apareció en la embajada de México, el militar que me había salvado en El Chaco. Me contó que estaba teniendo muchos problemas porque Gendarmería Nacional desconfiaba de él. Había ayudado a demasiados chilenos y sus colegas le pasaron la voz que sería sometido a juicio.

- Voy a renunciar- me dijo, además yo me enamoré de ti y quiero irme contigo a México.

Le dije que era imposible, que mi marido estaba por llegar con mi hija, que hacía ocho meses que no los veía. Nos despedimos dramáticamente.

Había llegado marzo y se celebraba una gran fiesta mexicana en la embajada de la que yo me negaba a participar. El embajador me pidió que lo hiciera porque era su oportunidad de presentarme ante todo el cuerpo diplomático y a las autoridades argentinas. Me dijo que tenía la tremenda oportunidad de contar lo que nos había pasado a todos los chilenos que llegamos exiliados a ese país.

Tenía razón. Los distintos embajadores estaban complacidos de conocer a la sobrina de Salvador Allende y me ofrecían asilo político en sus respectivos países después de abrazarme y besarme.

Los últimos invitados que llegaron a esa fiesta fueron María Estela de Perón, llamada Isabelita, con su ministro del Interior López Rega. Ellos, también quisieron sumarse a los abrazos y besos, pero yo, como una niña pequeña, puse mis brazos atrás y les dije que no me tocaran. Se produjo un silencio sepulcral. En modo rabioso les grité todo lo que pensaba, que no había respetado la amistad de Perón con Allende y que nos había hecho pasar las peores miserias. Fui insolente, no me pude contener.

A las cinco de la mañana de aquella misma noche de marzo de 1974, llegó un auto policial argentino a la embajada mexicana, trayendo un decreto de expulsión y tenía 24 horas para abandonar el país por no haber respetado la ley de confinamiento y por haber insultado a las más altas autoridades del Gobierno argentino. Así salí una vez más del país de forma dramática.

En el aeropuerto de Ezeiza, se encontraban mi marido y mi hija. El embajador mexicano se comunicó rápidamente con su encargado de negocios en Chile y por una suerte increíble, mi familia ya tenía los pasaportes listos y podían embarcarse. Así fue como ellos coordinaron que nos encontráramos arriba del avión rumbo a México.

A partir de ese momento, comienza otro capítulo de mi historia, el exilio en México propiamente tal.

Con respecto al chófer argentino que me llevó a Buenos Aire, después de dos años recibió sus mil dólares. Creo que fue lo más sorprendente que le pasó en su vida ya que seguramente había perdido cualquier esperanza.

